

to que estuviera del todo terminada la Constitucion, de la que no formaban mas que una parte (1). Con esto contrarió uno de los mas ardientes deseos de Lafayette, y pronto hubo de comprender lo que esto significaba.

En los horrores que en los días 5 y 6 de octubre se cometieron en Versalles (2) aparecieron intrigas y planes de toda clase, que no ha sido posible desembrollar y poner en claro. Solo hay una cosa indudable y es que el resultado definitivo de aquellos sucesos no fué casual, sino previsto, calculado y conseguido conforme á un plan formado de antemano. Lo que pudo haber proyectado el duque de Orleans contra el rey y la reina (3) fracasó por completo; lo que no fracasó, sino que se vió por el contrario coronado del mayor éxito, fué el plan con arreglo al cual el general Lafayette llevó el día 5 de octubre la guardia nacional á Versalles. Desde que conocemos este plan, se ha hecho comprensible por lo menos la parte decisiva de aquel acontecimiento.

El día 1.º de octubre celebróse en la sala del teatro de Versalles un gran banquete militar. Los que invitaban eran los guardias de corps y los invitados los oficiales de dos regimientos recientemente creados, el de Flandes y el de cazadores de Lorena, y los de la guardia nacional de Versalles. El objeto de la manifestacion era hacer público aquel sentimiento de lealtad hácia la monarquía que hasta entonces habia sido considerado como un deber de todo buen soldado francés y que no podía tacharse de criminal sino por un fanático espíritu de partido. A este objeto correspondió el sentimiento que reinó en aquel banquete. «La fiesta fué espléndida, dice una revista, y cada uno de los comensales manifestó tanta adhesion al rey y á la casa real, que se rogó al monarca que cumpliera los deseos de los asistentes honrando el banquete con su presencia. La aparicion del rey, acompañado de la reina y del delfin (4), produjo gran impresion. Las aclamaciones de: «¡Viva el rey, viva la reina, el delfin y toda la familia real!» no eran ordenadas, pues eran hijas del entusiasmo, reconociéndose en aquel momento el corazón de los franceses. La emocion que embargaba el ánimo de los circunstantes hizo memorable aquella noche. Los corazones y los ánimos estaban de tal suerte inflamados, que aquellos oficiales hubieran seguido al rey á donde quiera que hubiese querido llevarlos.»

Así escribía en sus memorias la marquesa, luego duquesa de Tourzel, que despues de la fuga de la duquesa de Polignac (julio) habia sustituido á esta en el cargo de aya de los hijos de Francia. Esta dama nos afirma, en conformidad con todo lo que sabemos acerca de los sentimientos del

(1) Así lo asegura expresamente la señora Stael: *Considerations*, I, pág. 324.

(2) El curso exterior de estos acontecimientos consta de muchos interrogatorios que se tomaron en el Chatelet de Paris. Véase el *Extrait de la procédure criminelle instruite au Châtelet de Paris sur la dénonciation des faits arrivés à Versailles dans le journal du 6 Octobre 1789*, en el segundo tomo del *Moniteur reimprimé*, págs. 521-581. Véase tambien: *Les forfaits du 6 Octobre ou examen approfondi du rapport de la procédure du Châtelet sur les faits des 5 et 6 Octobre 1789, fait par Mr. Charles Chabroud*. Paris, 1790, tomo I y II.

(3) Segun Necker (*De la révolution française*, II, pág. 71), el duque se proponía apremiar de tal manera al rey que este se viera obligado á emprender la fuga, haciéndose él cargo de la plaza vacante como regente general. Si resultara cierto el parte del ministro de policia imperial, insertado en la obra de Ducoín (*Philippe d'Orleans*, pág. 72), segun el cual el duque dijo á su banquero: «No pagueis la suma, el dinero no ha servido; el imbécil vive todavía,» no sería la intimidacion y la fuga lo que se habria propuesto, sino la muerte y el asesinato.— Véase Sybel, I, pág. 104.

(4) El hijo segundo de los reyes, Luis Carlos, duque de Normandía, habia nacido en 27 de marzo de 1785 y murió, con el nombre de Luis XVII, en 8 de junio de 1795. El primogénito, que habia nacido en 22 de octubre de 1781, murió en 4 de junio de 1783.

rey (5), que lo que este, en último caso, habria solicitado de la fidelidad de sus tropas era que le acompañaran hasta un asilo, fuese el que fuere, en donde estuvieran en seguridad su vida y la de los suyos. En el lenguaje enérgico del Palais Royal, aquel banquete fué calificado de «orgía de la contrarrevolucion.» En Versalles, sin embargo, dióse tan poca importancia al acontecimiento que en la Asamblea nacional no se formuló pregunta ni acusacion alguna sobre él, á pesar de que en 5 de octubre ya se habia hablado de «indignas orgías.» Los bandidos del 6 de octubre y sus instigadores secretos habrían encontrado otro pretexto si no hubiera habido el del banquete.

El plan de marchar en masa á Versalles para intimidar al rey y á la Asamblea estaba incluido, desde hacia muchas semanas, en el programa de los demagogos del Palais Royal, de los cuales el mas alborotador, el marqués de Saint Hurluge, emprendió en 30 de agosto, al frente de 1,500 hombres, una primera expedicion armada hácia aquella residencia (6). A pesar de los gritos pidiendo pan y de la carestía que realmente se sentía en Paris, no fué el hambre lo que en 5 de octubre llevó á Versalles á una turba compuesta de millares de prostitutas, de pescaderas, de mujeres galantes y de vagabundos disfrazados de mujeres; turba que conducida por el héroe de la Bastilla, Maillard, se entregó por las calles, en la Asamblea y delante del palacio á toda clase de excesos. Y decimos que no pudo impulsarse el hambre porque allí no habia provisiones de pan ni trigo y las órdenes del rey y los acuerdos de la Asamblea no podían mas contra el hambre que las medidas tomadas por el Consejo municipal de Paris. La reunion y la marcha de aquel ejército de mujeres no hubieran podido realizarse si Lafayette hubiese echado mano el día 5 de los 24,000 guardias nacionales que el día 4 prestaban todavía el servicio de policia; y en el caso de no haber podido contener á aquella turba, debería haberla acompañado, al frente de sus granaderos, hasta Versalles para proteger desde luego á la corte y á la Asamblea.

En sus memorias no explica por qué no hizo ni lo uno ni lo otro, ni por qué, en vez de hacerlo, entretuvo desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde á la guardia nacional, que queria ir de todas maneras á Versalles (7). Tampoco dice en ellas nada de lo que debía en aquel día ser decisivo para la condenacion ó exculpacion de su conducta y negligencia.

En la mañana del 5 de octubre se comunicó á la Asamblea nacional el acuerdo que habia adoptado el rey respecto de los derechos del hombre y de los diez y nueve artículos constitucionales que el día 1.º le habian sido presentados para su aprobacion. En él se decia respecto de los primeros: «Nada quiero decir sobre vuestra declaracion de los derechos del hombre y del ciudadano; cierto que contiene principios excelentes, muy propios para dirigir vuestras tareas, pero principios que son susceptibles de aplicaciones é interpretaciones distintas no pueden ser debidamente apreciados y solo puede hacerse uso de ellos cuando su sentido esté fijamente determinado por las leyes á las cuales hayan de servir de base (8).» Lafayette, por sus relaciones con el Consejo de ministros tuvo noticia del contenido de esta resolucion antes de que su texto fuera entregado á la Asamblea, y el disgusto que le ocasionaron las vacilaciones del rey en el asunto,

(5) *Mémoires de Madame la Duchesse de Tourzel, gouvernante des enfants de France, 1789-1795. Publiés par le Duc des Cars*. Paris, 1883, I, pág. 3.

(6) H. Taine: *La révolution*, I, pág. 124.

(7) *Mémoires*, II. *Deux récits des événements du 5 et 6 Octobre*, página 329.

(8) *Archives parl.*, IX, pág. 343.

to, que él consideraba como la hazaña que habia de inmortalizarle, contribuyó á que estuviera dispuesto á cuanto pudiera molestar y quebrantar la autoridad del rey. Por esto no se contentó con dejar expedito el camino para un tumulto asqueroso, que podia haber evitado ó reprimido, sino que se apresuró á aumentar el terror del monarca por medio de alarmantes noticias. Con este objeto, cuando á las siete de la mañana comenzaron á formarse los primeros grupos en la plaza de Grève, el segundo presidente del Consejo municipal, Vauvillers, salió precipitadamente para Versalles y anunció al rey lo que, en cierto modo, no era exacto, á saber: que toda la guardia nacional, así la que estaba á sueldo como la que no lo estaba, se disponía á marchar sobre aquel real sitio para desde allí llevar al rey á Paris (1). De manera que de antemano se anunciaba lo que se proponían los que dominaban en Paris al no disolver el ejército de mujeres, el cual, por lo demás, no tenia plan político alguno. El programa completo de Lafayette se manifestó de una manera evidente cuando á las cuatro de la tarde, y sabiendo que el rey no le negaría ya nada, se hizo confiar por el Consejo municipal la mision de ponerse al frente de sus granaderos y exponer al rey los siguientes deseos de la municipalidad: que el rey confiase exclusivamente la guarda de palacio á la guardia nacional; que diese al municipio la inspeccion de todos los actos referentes al abastecimiento de Paris; que sancionase sin dilacion los derechos del hombre y fijara en Paris su residencia permanente.

Tales eran los mandatos que llevaba Lafayette en virtud del acta (2) del Consejo municipal. De esta suerte se decretaba la sumision del monarca á la dictadura de Lafayette y de los parisienses, y así se demostraba tan palpablemente que Lafayette tuvo á bien no decir sobre este punto ninguna palabra en sus memorias.

Su programa se cumplió al pié de la letra. La simple aprobacion de los derechos del hombre la habia dado el rey, apremiado por la Asamblea, poco despues de haberse presentado Maillard con su turba de mujeres. A las diez de la noche llegó de Paris Lafayette con su guardia nacional, y manifestó al monarca por conducto de dos representantes del Consejo municipal, los cuatro deseos arriba mencionados. El monarca accedió desde luego al primero, y Lafayette declaró que respondia con su cabeza del orden y de la tranquilidad; en cuanto á los dos que seguian, habian ya sido concedidos, y respecto del cuarto, es decir, de su traslacion á Paris, dió una contestacion evasiva. Pero la última resistencia del rey desapareció con el terror que se produjo en las primeras horas de la mañana del día 6 de octubre. Apenas dieron las seis, penetró una turba de bandidos armados en palacio, por una puerta no vigilada, pasó á cuchillo los primeros puestos de la guardia de corps, á la cual se habia prohibido hacer fuego, y se precipitó en las habitaciones de la reina, cuya muerte habia sido acordada. Medio desnuda, huyó María Antonieta por un pasadizo secreto que entonces se puso de manifiesto, al dormitorio del rey, pocos momentos antes de que llegaran los asesinos, los cuales encontraron la cama vacía. En aquel momento de supremo peligro, presentóse el general Lafayette con sus granaderos, y auxiliado por los fieles guardias de corps, que se habian preparado para una lucha á muerte, arrojó del palacio á aquella banda de asesinos. Lo que entonces sucedió lo refiere el mismo Lafayette (3) en los siguientes términos: «Con calor y energía habló Lafayette desde el balcon á la turba que llenaba

(1) Sybel: *Historia de la época revolucionaria*, 4.ª edicion, I, página 98.

(2) Descubierta y dada á conocer por Sybel, 4.ª edicion, I, pág. 401.

(3) *Mémoires. Premier récit*, págs. 341-342.

la sala de mármol, y cuando el rey, despues de haber prometido trasladarse á Paris, se retiró del balcon con su familia, dijo Lafayette á la reina:—Señora, ¿cuáles son vuestras intenciones personales?—Conozco la suerte que me espera, contestó noblemente la reina, pero mi deber es morir á los piés del rey y en los brazos de mis hijos.—Pues bien, venid conmigo.—¡Qué, sola al balcon! ¿No habeis visto las demostraciones que se me han hecho? (verdaderamente eran espantosas).—Sí, señora, salgamos.—Y al presentarse con ella ante la multitud agitada y rodeada de una porcion de guardias nacionales que circuian los tres lados del patio, pero que no podían dominar el centro, Lafayette, que no lograba hacerse oír, adoptó un recurso arriesgado pero decisivo, que fué besar la mano de la reina. Las masas populares, en extremo sorprendidas al ver esto, exclamaron: ¡Viva el general, viva la reina! El rey, que estaba á algunos pasos, se presentó entonces en el balcon y dijo en tono conmovido de gratitud:—¿Qué podeis hacer ahora por mis guardias?—Traedme uno, contestó Lafayette, y al que le fué presentado le puso la escarapela, le abrazó y el pueblo gritó entonces: ¡Vivan los guardias de corps! Desde aquel momento quedó establecida la paz: los guardias nacionales y los guardias de corps penetraron en Paris cogidos del brazo.»

A las dos de la tarde emprendió el rey con su familia el viaje fatal, llevando un extraño acompañamiento. Delante, iban los asesinos que llevaban en lo alto de sus picas las ensangrentadas cabezas de los guardias de corps, y que al llegar á Sévres hicieron que un peluquero las rizara y empolvvara. Detrás seguía la turba de mujeres de Maillard, que presas de los vapores del vino cantaban, saltaban y bailaban por las calles. Aquel conjunto ofrecía un aspecto capaz de helar la sangre en las venas del hombre mas animoso. Desde la hora en que el monarca penetró en tales circunstancias en las Tullerías, era el prisionero de guerra de un poder avasallador; y cuando catorce días despues le siguió la Asamblea nacional, los que dominaban en Paris pudieron considerarse como los señores de todo el derecho y de todo el poder de la nacion francesa.

CAPITULO VI

PLAN MINISTERIAL DE MIRABEAU Y MOMENTO CRITICO DE LA REVOLUCION

Se comprenderá mejor el estado general de Francia en aquella época pintando la situacion de la hacienda que intentando describir lo que está fuera de toda posibilidad de descripcion; y como el ministro Necker era de aquellos hombres que no confiesan su situacion desesperada hasta que se ven precisados á dudar de sus propias fuerzas, sus mismas manifestaciones nos ofrecen la garantía de que el cuadro que conforme á ellas tracemos no ha de pecar, por lo menos, de exagerado.

De su primera memoria financiera de 7 de agosto, relativa á lo que habia costado el albor de la libertad francesa, hemos tomado ya algunos datos (4); su descripcion, mas triste, del estado de la hacienda pública sirvió para recomendar un empréstito de treinta millones, y ya en 27 de agosto manifestó en una segunda memoria (5) á la Asamblea que aquel empréstito solo habia producido 2.600,000 libras, de suerte que bien podia considerarse fracasado por completo. El sentimiento que esto le produjo fué contrarrestado por la satisfaccion con que pudo afirmar que tan pobre resultado era

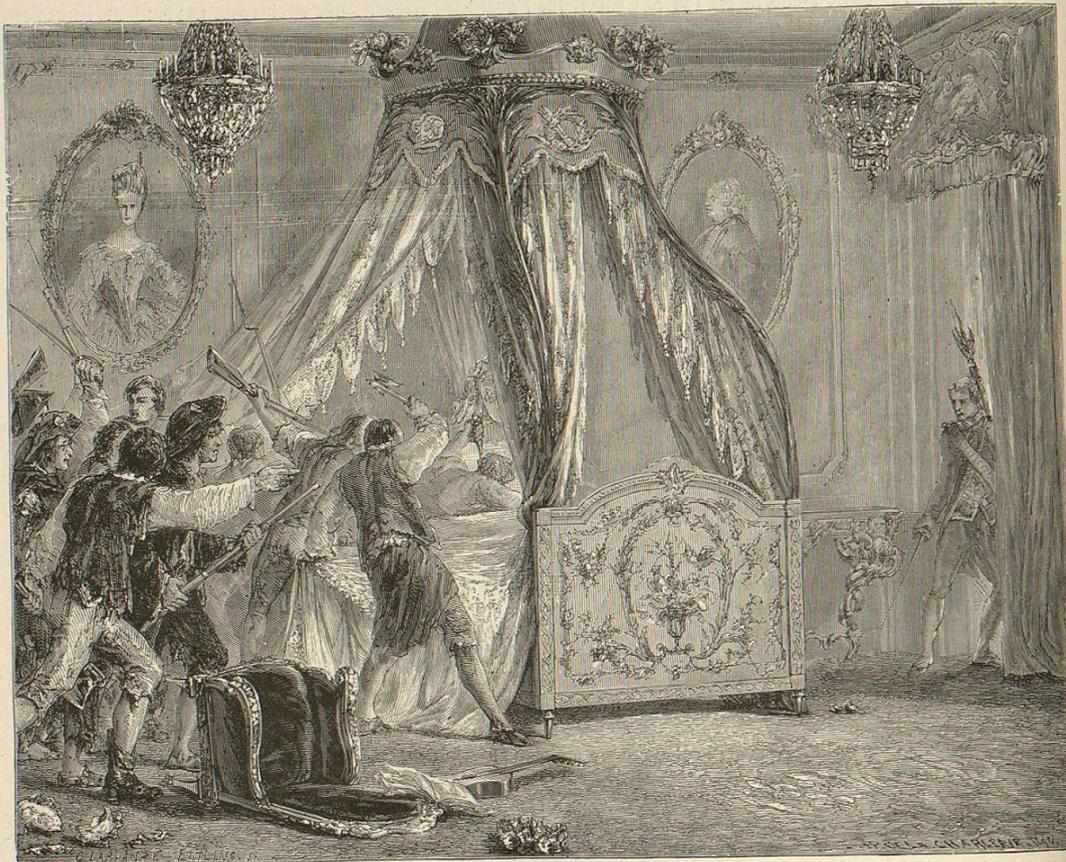
(4) Véase mas arriba.

(5) *Archives parl.*, VII, págs. 493-497.

simplemente debido á la Asamblea que, en su decision de 9 de agosto, rebajó á 4 y $\frac{1}{2}$ por 100 el interés de 5 por 100 que él habia propuesto. Esto, segun decia, habia retraido á los capitalistas y él, como hombre versado en tales materias, habia previsto desde el primer momento lo que efectivamente sucedió. A la sazón pedia otro empréstito de 80 millones al 5 por 100, pagaderos la mitad en dinero y la otra mitad en efectos públicos, y esta vez la Asamblea accedió sin dilación á su exigencia, dejando al gobierno la responsabilidad

del resultado. No habian trascurrido cuatro semanas cuando Necker en persona se presentó ante la Asamblea para darle cuenta de una tercera memoria (1) que la llenó de espanto.

En la mañana del 24 de setiembre, Necker, que dominaba todos los secretos del crédito y todo el arte del empréstito como ningun otro, dió á la Asamblea la espantosa noticia de que no solo el gobierno sino él mismo carecian por completo de crédito, pues á pesar de las expresas garantías que se daban á todas las deudas del Estado, habia fracasado el



Invasión de la cámara de la reina en el palacio de Versalles

último empréstito. «Ya no hay crédito,» decia desconsolado, y añadía: «Con dolor hago públicamente esta manifestación, pero la hago en una época en que la reserva no puede preservar de los ataques de la opinión pública. Se me parte el corazón al teneros que trazar este cuadro de nuestra miseria. Aquellos tiempos en que, en medio de una guerra costosa, encontré sin gran trabajo manera de cubrir 150 millones de gastos extraordinarios; aquellos tiempos mas próximos en que, con motivo de la reunión de los representantes del país, me hice la ilusión de que el bienestar reinaba en este reino y de que renacerían todas sus fuerzas, están demasiado frescos en mi mente para que no me produzca dolorosísima impresión el contraste que con ellos ofrecen los momentos actuales. ¡Ah! ¡Cuán débil escudo es la sabiduría del hombre, cuán engañosa es su prevision! Los acontecimientos forman una pendiente que las arrastra consigo, y en vano recuerda el navegante arrojado á la playa el buque que durante

tanto tiempo ha conducido al través de los tempestuosos mares y del cual solo se ven ya restos, juguete del viento y de las olas.» Necker tuvo que confesar una realidad mas terrible que la paralización de los impuestos, que el desorden en todos los ramos de la administración y que la anarquía de las provincias, á saber: la creencia general de que la crisis financiera de Francia no tenia remedio, creencia que se manifestaba primero por la desaparición del numerario, que las clases pudientes retiraban de la circulación para huir con él ó para tenerlo oculto; y segundo, por el hecho de que en el extranjero nadie queria ser acreedor de Francia. El último empréstito, á pesar de las ventajosas condiciones en que se anunció, solo fué suscrito «lentamente y con parsimonia» por algunos capitalistas franceses; en cuanto al extranjero, no se presentó proposición alguna. A pesar

(1) Impresa por vez primera en los *Archives parl.*, IX, págs. 139-146.

de todo, Necker no abandonó su costumbre constante de ocultarlo y embellecerlo todo: para cubrir el déficit del año, que solo calculaba en 61 millones, supo presentar una porción de puntos de vista que podian variar convenientemente, pues en último resultado decia: para el año corriente necesitamos «70 ó 80 millones,» para el que viene unos «80 millones» de ingresos extraordinarios; pues bien, para allegar estos 160 millones no hay otro medio sino un impuesto territorial, establecido por una sola vez, en virtud del cual

cada francés pagará la cuarta parte del promedio de sus rentas anuales, por él mismo valorado.

Después de dos dias de borrascosos debates, acordóse en 26 de setiembre aceptar aquella proposición, habiéndose esto logrado por la intervención del conde de Mirabeau, que en aquella ocasión pronunció uno de sus mas enérgicos discursos, consiguiendo un triunfo como no lo ha alcanzado orador alguno desde que hay parlamentos. «¿No conseguiré, decia Mirabeau, en medio de tan borrascosos debates, llegar



La familia real regresando á Paris

al fondo de nuestra discusión por medio de dos preguntas sencillas? ¿Quereis, señores, contestarme?

»¿No os ha trazado el ministro de hacienda el mas terrible cuadro de nuestra situación?

»¿No ha dicho por ventura que toda demora agrava el mal? Un día, una hora, un minuto podria darle un carácter mortal. ¿Tenemos acaso un plan que pueda sustituir al que se nos presenta? (¡Sí! exclamó una voz en la Asamblea.) Yo conjuro al que ha dicho sí á que medite si su plan no es ya conocido, si exige tiempo para desarrollarlo, examinarlo y ponerlo en práctica; si, caso de ser discutido en el acto, podria suceder que el autor se hubiera equivocado; si, aun cuando él lo juzgue exento de errores, puede suceder que el público crea que se ha engañado; si puede tener razón el que está equivocado, y en su consecuencia si, á pesar de tener razón el autor de ese plan, podria estar en desacuerdo

con todos, pues sin la sanción de la opinión pública los mayores talentos no pueden dominar las circunstancias.

»Debemos, pues, atenernos al plan de Mr. Necker.

»¿Pero tenemos, por ventura, tiempo para examinarlo, para estudiar sus fundamentos y comprobar sus cálculos? No, no y mil veces no. Cuestiones inútiles, aventuras hipótesis, engañosas investigaciones, á esto se reduce lo que podemos hacer en este momento. ¿Qué conseguiremos, pues, aplazando el acuerdo? Desperdiciar el momento decisivo. Nuestra obstinación pretende se introduzcan algunas pequeñas modificaciones en un conjunto que no conocemos y con nuestra temeraria intervención disminuimos la influencia de un ministro, cuyo genio financiero es y debe ser mayor que el nuestro. Señores, en esto no habria sabiduría ni prevision, pero ¿habria, por lo menos, lealtad y fe?

»¡Oh! Si declaraciones menos solemnes no garantizaran